

Urbano, urbanidad, urbanismo

Rene Carrasco Rey

Profesor de la Maestría en Urbanismo,
Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Palabras clave

Espacio urbano, ciudad, cambios, permanencias,
teoría, prácticas culturales.

Keywords

Urban space, city, changes, permanencies,
theory, cultural praxis.

Urbano, urbanismo y urbanidad

Urban, urbanity and urbanism

Explora el origen de los asentamientos urbanos desde la perspectiva de las necesidades del ser biológico y cultural y su desarrollo como organización territorial para responder a estas necesidades. El impacto en esta organización, de los cambios paradigmáticos producto del avance en el conocimiento científico, tecnológico y artístico de una sociedad.

Se propone asumir el producto de las antiguas prácticas culturales de organización del territorio, determinadas por otras estructuras sociales, como las bases pre-teóricas de la disciplina del *urbanismo* hasta la aparición de un aparato conceptual propio que se propone a sí mismo el objetivo de concebir, gestionar y construir un territorio posible. Se interroga al actual aparato conceptual sobre su capacidad de responder a los nuevos requerimientos de la sociedad informatizada.

I. La persistencia del urbanismo

Durante un proceso evaluativo con los estudiantes de la séptima promoción del posgrado en urbanismo de la Universidad Nacional, surgió la pregunta de la autonomía del urbanismo frente a otras disciplinas que tienen, igualmente, la ciudad como objeto de trabajo: ¿existe un cuerpo disciplinar del urbanismo y puede éste transformarse frente a un cambio de paradigmas?

El *corpus* disciplinar

Este ensayo intenta responder a esa pregunta a partir de las conclusiones del texto de Françoise Choay, sobre la definición y la caracterización del urbanismo para la *Enciclopedia Francesa*, en la cual analiza sus teorías y sus realizaciones:

Al término de una larga historia y de revoluciones epistémicas que lo han alineado, después del siglo XIV, el urbanista del siglo XX se encuentra, curiosamente, confrontado a los tres planos del viejo Alberti.

La *necessitas* circunscrita actualmente a los aportes de la ciencia,
la *commoditas* integrada hoy día al campo del deseo y de lo político,
la *voluptas* significa hoy día creación de sentido.

Dos temas se revelan en estas conclusiones de F. Choay, ligadas al pensamiento estructuralista de Claude Lévi-Strauss. Por un lado, la cultura –y el urbanismo como tal– es un sistema en que actúan de manera simultánea tradiciones inconscientes arraigadas por prácticas sociales antiguas. Por otro lado, las reglas nuevas inventadas por cambios paradigmáticos.

Sistema de relaciones

Inicialmente, esta proposición nos lleva a pensar en la organización del territorio urbano como un sistema cultural que se referencia a otros sistemas culturales durante la producción de ciudad. Esto es un proceso de referenciación motivado por cambios en la estructura de alguno de los sistemas que afectan la organización del territorio.

En la medida en que el incremento del conocimiento en las artes, la técnica y la ciencia, enriquece el sistema de ideas de la colectividad, a los grupos dirigentes se les vuelve necesario modificar las bases de organización del entorno espacial sobre el cual se moverán las dinámicas individuales y colectivas de los órdenes social, cultural, económico y político, en un escenario deseado.

En Colombia este proceso está ligado más a un consumo de paradigmas internacionales que los grupos dirigentes tienden a acomodar para tener un reconocimiento de orden cultural y político en la comunidad dirigida, que a un proceso de innovación. Sin embargo, las condiciones de conflicto de las ciudades colombianas del siglo XX en la carrera desarrollista parecen estar creando

algunos elementos sectoriales novedosos que trascienden lo local, en particular en el campo de la urbanidad más que en el del urbanismo. Aún así, los niveles de importancia de estas innovaciones en las decisiones políticas sobre el territorio colombiano son mínimas.

La estructura profunda

El texto de F. Choay también nos hace pensar sobre la existencia de una estructura profunda de tipo arqueológico en el plano inconsciente¹, de evolución lenta, que sirve de soporte y referencia a los procesos de organización del territorio frente a los cambios que se dan en otros sistemas culturales urbanos, preservando esa institucionalidad del hacer ciudad, característica de las sociedades urbanas.

Siguiendo a Berger y Luckmann, en su obra *La construcción social de la realidad*, podemos pensar que esta estructura se ha consolidado a partir de la existencia de “un cuerpo de conocimientos de receta transmitido, o sea, un conocimiento que provee las reglas de comportamiento apropiadas institucionalmente”, en el momento de caracterizar un hábitat urbano, regulando *la práctica* de hacer ciudades en la civilización urbana.

Esta colección de saberes para hacer ciudad podría considerarse como un cuerpo disciplinar del urbanismo en el aspecto preteórico, que contiene el conocimiento pertinente para hacer ciudad y hace parte del sentido común de la comunidad. La existencia de este inconsciente, saber hacer de la civilización urbana, se revela en los trabajos de los historiadores urbanos, cuando describen y analizan los diferentes urbanismos producidos desde las ciudades paradigmáticas, como se muestra en los trabajos de Arnold Toynbee, Pierre Lavedan, Lewis Mumford, Leonardo Benévolo, entre otros.

En cada época aparecen nuevas formas de organización del territorio, nuevos urbanismos, señalizados por un evento particular que lo diferencia de otras entidades urbanas: los Jardines de Babilonia, el Faro de Alejandría, la Atenas de Pericles, el París de Abelardo y de San Luis, la Roma de Sixto V, la industrial Chicago. En los procesos de colonización territorial de América se evidencian diferentes tipos de urbanismos: el militar, de La Habana, Cartagena o Veracruz; el evangelizador, de Bogotá, Caracas o Santiago, o el barroco, de la burocracia administrativa en Montevideo o Guatemala la Nueva.

Esta relación entre la forma de organización del espacio urbano como un producto del conocimiento urbanístico y el cuerpo disciplinar que soporta este conocimiento, define el contenido

¹ En el sentido entendido por M. Foucault, citado por F. Choay en “L'histoire et la méthode en urbanisme”, revista *Annales Economies Société Civilization*.

de este ensayo, que pretende además ilustrar las dinámicas de cambio al interior de la disciplina misma.

La noción de urbanismo

¿Qué sentido se le da a la noción de urbanismo en la sociedad contemporánea y qué elementos lo identifican y a su vez lo diferencian de otras disciplinas?

La primera aproximación nace desde el *Dictionnaire de l'Urbanisme*, edición de Françoise Choay y Pierre Merlín, donde los autores atribuyen una función concreta al urbanismo: “El urbanismo tiene como tarea organizar el espacio de manera que pueda responder a las demandas presentes y futuras de una sociedad”².

Igualmente, en su libro *La regla y el modelo*, F. Choay investiga los textos del urbanismo, y define los ‘textos instauradores’ como aquellos “que se dan por objetivo explícito la constitución de un aparato conceptual autónomo que permite concebir y realizar espacios nuevos no imaginados”³, configurándose como un soporte teórico del urbanismo.

Tres tipos de textos instauradores, siguiendo a F. Choay, han liderado en la esfera epistemológica el discurso urbanístico: el *Tratado*, de Alberti, la *Utopía*, de Moro, y la *Teoría de la urbanización*, de Cerda⁴, Sobre ellos se han estructurado las tendencias de organización del espacio urbano en el imaginario urbanístico por parte de culturalistas, progresistas o naturalistas. Cada uno de estos textos aportan progresivamente en el tiempo al saber del urbanismo, los alcances del conocimiento de su época, con el objetivo final de convertirse en una teoría de la ciudad o en una ciencia del territorio, como algunos autores ya lo presuponen.

Si bien el trabajo de F. Choay, en *La regla y el modelo*, muestra la existencia explícita o implícita de los tres niveles albertianos⁵ en los textos utopistas y teóricos del urbanismo de la modernidad, era importante para nosotros mirar su reconocimiento desde otras áreas del conocimiento, con el fin de establecer su universalidad conceptual. En este caso, estudios realizados desde las ciencias sociales y la historia urbana muestran cómo estos tres ámbitos de conocimiento aparecen en las definiciones de los investigadores contemporáneos al estudiar la civilización urbana tanto desde el cosmos mítico religioso de la antigüedad, tanto en un estado inconsciente como en su forma conciente y racional desde la modernidad renacentista.

Michael Panoff y Michael Perrin, en sus estudios antropológicos sobre el espacio, en el mismo *Dictionnaire de l'Urbanisme* (p. 41), exponen: “Los diversos establecimientos humanos, sean

² *Dictionnaire de l'urbanisme.*

³ *La règle et le modèle.*

⁴ F. Choay, *La règle et le modèle.*

⁵ Concepto tomado de F. Choay, en *La règle et le modèle.*

ciudades permanentes o campamentos, inscriben sobre el suelo las diferencias entre familias, clanes, jefes y comunes, entre sacerdotes y fieles”.

David Harvey plantea en términos generales que lo físico y lo social se construyen a partir de un conjunto de imaginarios⁶.

Encontramos los mismos elementos en Mumford en la introducción de su libro *La cultura de las ciudades*, cuando da su visión de la ciudad: “La ciudad es la forma y el símbolo de una relación social integrada”.

Tres componentes son comunes a estas definiciones: la existencia de un lugar geográfico, la apropiación de un territorio posible por parte de un grupo social, gestor de la empresa, y unos valores simbólicos contenidos en un discurso de orden ideológico que busca organizar físicamente el espacio vital apropiado para varias generaciones. La ciudad es la expresión principal de este fenómeno humano y, por ser un hecho social, su espacio está cargado de símbolos y sentidos.

El aparato conceptual

Si se hace necesario definir en términos de un lenguaje actual las dimensiones en las cuales el urbanismo opera los tres planos albertianos⁷ durante la concepción, la gestión y la construcción del espacio urbano contemporáneo, diríamos que en la *forma* de “territorializar” el lugar geográfico, en las *funciones* urbanas consideradas como fundamentales por la comunidad o los dirigentes y en los valores *simbólicos* que estas funciones connotan a la forma urbana.

Estos tres planos han constituido el sistema específico del urbanismo mediante el cual se referencia a los otros sistemas culturales en el momento de establecer las bases teóricas necesarias para concebir, gestionar y construir un espacio que responda a las demandas inmediatas y futuras de la sociedad.

Esta referencia entre sistemas culturales se hace mediante códigos específicos y códigos compartidos. Los primeros permiten mantener los límites del campo del urbanismo frente a la indeterminación del cambio, solicitada por los nuevos paradigmas de la ciencia, el arte o la técnica. Los segundos se abren a los nuevos significados producidos por esa transformación⁸.

Cada una de estas dimensiones aportan elementos de juicio para conocer la ciudad de ayer y concebir y realizar los espacios nuevos –no imaginados– requeridos por el cambio de paradigmas de la ciudad de hoy. Todo esto abre un campo a la investigación y determina la profesión.

⁶ David Harvey, *Urbanismo y desigualdad social*, España Siglo XXI, 1997.

⁷ Término tomado de F. Choay, en *La règle et le modèle*.

⁸ Véase la propuesta de Diana Agrest en su artículo “Design versus non design”, revista *Communications*, No. 27, Edition Seuil, 1977.

- El campo de la *forma urbana* articula lo material con lo sensible y lo deseado, actuando como una estructura significativa, que permite enlazar elementos del mundo simbólico en el territorio y en el espacio, respondiendo a las necesidades vitales de protección y abrigo de la humanidad.
- El campo de las *funciones urbanas* relaciona las demandas de la comunidad según el desarrollo de su actividad económica, social, cultural o política con el territorio.
- El campo de las *funciones simbólicas* relaciona lo territorial, lo espacial y lo funcional con el mundo de la ideología dominante, dándole a éstos un sentido particular en la historia.

Los estudios de S. Gideon, A. Hausser, L. Mumford, R. Joly, D. Harvey, caracterizan las dinámicas operativas de estas tres dimensiones en la producción de ciudad.

Espacios paradigmáticos de la civilización urbana

La historia urbana muestra cómo se han generado dinámicas urbanas diferenciadas según la predominancia de un campo sobre los otros, expresadas en tipologías territoriales diferentes:

- *Espacios de contigüidad*, como la ciudad medieval o los barrios de invasión, donde las relaciones de familia y de amistad en la actividad cotidiana generan territorios de vecinos para el intercambio de bienes, marcando una escala determinada por lo corporal.
- *El espacio teatral* del barroco europeo del siglo XVII, donde el problema de la representación social es el organizador dominante⁹ de las formas y las funciones urbanas. En América este espacio está representado en las alamedas.
- *El espacio de conexión* característico de las actuales metrópolis, donde la relación entre las diferentes centralidades que configuran el espacio urbano es el elemento importante.

La sociedad ordena el territorio según sus necesidades, su tecnología y sus imaginarios, y este espacio construido realimenta estas categorías del conocimiento convirtiéndose en un signo que sufre sus propias transformaciones.

II. Evolución del concepto

El entorno estable de Berger y Luckman: organismo y ambiente

“A pesar del hecho que los sistemas culturales norman el comportamiento, de modos radicalmente diferentes, están profundamente arraigados en lo biológico y en lo fisiológico”¹⁰.

⁹ A. Hausser, *Historia social del arte y la literatura*, Madrid: Ediciones Guadarrama, S. A., 1964.

¹⁰ Berger y Luckman, *La construcción social de la realidad*.

A diferencia de los animales, cuyos límites territoriales están atados “al carácter biológicamente fijo de su relación con el ambiente”, el ser humano mantiene unas relaciones abiertas con su ambiente. Esta condición natural de apertura hacia el mundo yuxtapuesta al carácter flexible de sus instintos, genera un estado de inestabilidad e “impredecibilidad” en la naturaleza biológica del ser humano, situación que hace obligatoria la búsqueda de un ambiente estabilizador y un orden social que regule y normalice los comportamientos.

Tener un ambiente estable en su comportamiento, permite al ser humano especializar y dirigir sus instintos, dedicarse a diferentes actividades que a su vez se diversifican de modo permanente como prolongaciones de su organismo, al mejorar y crear nuevas funciones. Este territorio existencial facilita la terminación del desarrollo biológico (el habla, la posición vertical, los códigos de orientación y territorialidad colectiva) en las condiciones de un orden social.

Desde las formas de vida más antiguas, la relación del organismo humano con su medio constituye una dimensión cultural en transformación permanente, que acumula conocimiento, se especializa y se diversifica. En el caso de las culturas urbanas, el desarrollo de técnicas, costumbres y creencias, en torno de las formas de ocupación del territorio, han caracterizado las personas que lo ocupan –aristócratas y plebeyos, burgueses y populares, clase alta y clase baja–, así como sus actividades –filósofos, guerreros, artesanos, labradores, sacerdotes, reyes– y sus estructuras simbólicas –templos, palacios, foros, plazas–, institucionalizando unas funciones básicas propias de la civilización urbana, donde la ciudad es el gran entorno estable y dinamizador.

Las fratías: comunidad de individuos

La mirada de los historiadores ha caracterizado este proceso de cambio del entorno estable. El libro de Fustel de Coulanges sobre la ciudad antigua muestra esta relación entre el sistema de costumbres y tradiciones y la definición de principios y reglas para ocupar un territorio: “Decían los griegos, que el hogar había enseñado a los hombres a construir sus casas”, el individuo y sus familias que con arreglo a su religión elegía un territorio para morada de sus antepasados, no debía abandonarlo, construyendo de esta manera la idea de un territorio sedentario, en un lugar geográfico que permitía referenciarse con otros sitios o lugares de la tierra conocida.

“La casa familiar se construía al interior de un recinto sagrado, en forma de cuadrado que los griegos dividían por la mitad, la primera parte era el patio, la segunda era la casa, el hogar estaba en el centro, se localizaba al fondo del patio y en la entrada de la casa”.

Esta relación entre el mundo de la materia y el sistema de lo simbólico en la organización del espacio doméstico estaba concebida al interior de un cosmos religioso, en que lo material y lo espiritual se explican el uno por el otro.

La religión doméstica prohibía la mezcla y la fundición de familias, pero podían unirse en torno de un culto común configurando lo que la lengua llamó una *fratría* o una curia, una nueva asociación que debió transformar la idea religiosa ampliándola a una divinidad superior a las domésticas común a todas. Se levantó un nuevo altar, con su propio fuego sagrado, y se institucionalizó un nuevo culto. Esta *fratría* tenía un gestor del culto, un jefe, y un patriarca (ordenador de los dioses), que replicaban el modelo *casa y templo familiar*, a diferentes escalas, donde la figura del cuadrado como representación de la perfección geométrico-matemática, comienza a institucionalizarse en la cultura urbana occidental como instrumento de ocupación del suelo en la creación de un territorio posible donde la mayor escala es la *polis*.

El cosmos vertical: la Torre de Babel

“La construcción de Babel es posible porque los hombres disponen de un medio de comunicación absoluto –la misma lengua y las mismas palabras– y una nueva tecnología –el ladrillo, que reemplazó la piedra, y el asfalto, que reemplazó el mortero–”¹¹.

El entorno estable existencial del organismo humano inicia su primera gran transformación, según la Biblia, en el futuro inmediato posterior a la tragedia natural del diluvio universal –que la ciencia actual aproxima a unos 8000 años antes de Cristo en las excavaciones de Jericó y Çatal Huyuc, consideradas por algunos investigadores como protociedades–, y termina con la empresa colectiva de construir la Torre de Babel, a pesar de la prohibición divina sentenciada por Yahvé.

Esta empresa se generó por un cambio en el sistema de comunicación: el desarrollo de un lenguaje común compartido y entendido por los diferentes pueblos que se empeñaban en construir un entorno estable único que los albergara a todos en el mismo lugar y que les permitiera multiplicar las experiencias acumuladas en sus prácticas sociales anteriores, inventando nuevas técnicas y nuevos instrumentos –la escritura o la contabilidad– que los acercaba cada vez más a la sabiduría divina. La ciudad de Babilonia es la expresión de esa revolución urbana propuesta por Henri Lefèbvre.

Etmenanki, “la mansión de lo alto entre el cielo y la tierra”. Una inscripción que data del tiempo de Nabopolasar señala: “Marduk (el gran dios de Babilonia) me ha ordenado colocar sólidamente las bases de la Etmenanki hasta alcanzar el mundo subterráneo y hacer de este modo que su cúspide llegue hasta el cielo”.

¹¹ Françoise Ascher, *Métapolis ou l’avenir des villes*.

Los hombres reunidos en la llanura de Shinear, después del diluvio resolvieron levantar una torre gigantesca. Yahvé, al ver lo que intentaban, obstaculizó sus planes “confundiendo sus lenguas” de modo que los obreros no pudieran entenderse entre sí. Al quedar incapacitados de trabajar de común acuerdo, los constructores abandonaron la empresa y se dispersaron en diferentes direcciones.

Este temor del pueblo hebreo a perder su identidad en la gigantesca Babilonia y, por consiguiente, los privilegios de ser el pueblo escogido por Dios, está representado en el mito de la Torre de Babel, que finalmente fue construida por los sumerios como solicitud de un dios urbano. Hoy en día este temor a la pérdida de la identidad original persiste en los imaginarios metropolitanos donde la individualidad prevalece sobre lo colectivo, y las identidades raizales de los emigrantes desaparecen en la metrópoli mezclándose con las identidades globales, convirtiéndose en ciudadanos anónimos.

Platón: sistematización y norma

La definición de pautas para organizar una sociedad que el pueblo griego ha institucionalizado en la época de Platón, le permite proponer una normativa de conductas sociales propias de los seres urbanos, en el marco de una utopía regresiva, inscrita en un cosmos horizontal, medido en proporciones geométricas tangibles.

Platón propone en *La República* un modelo para manejar el Estado de la ciudad y el sistema de ciudades, con la democracia como bandera para la organización social. La incapacidad individual para satisfacer todas las necesidades propias de la vida, obliga a la unión con otros para auxiliarse mutuamente, reuniéndose en una aglomeración de gentes hasta formar un Estado. Platón sistematiza el intercambio de necesidades, como fundamento de las dinámicas urbanas, para configurar un asentamiento, en *La República* se establecen las bases para construir un ambiente colectivo, donde el control del crecimiento demográfico se convierte en una nueva necesidad para fundar un Estado o ciudad.

La facilidad para gestionar el intercambio de necesidades y la posibilidad de incrementar estos intercambios en el tiempo son el cimiento de la ciudad sobre la cual puede yuxtaponerse una infraestructura superficial que satisfaga las necesidades básicas de alimentación, habitación y vestido de las personas que realizan las actividades productivas, el labrador, el albañil, el tejedor, el zapatero. Platón reflexiona sobre dos alternativas para distribuir el tiempo y así poder ejecutar las diferentes actividades: un tiempo flexible que permite trabajar durante el día varias funciones: una parte para atender el abasto alimentario, otra para la construcción del hogar y una más para hacer sus vestidos y su calzado; y un tiempo único para realizar una sola función, una sola

actividad, cuyo producto intercambia con otros según las necesidades del otro a la manera de un mercado.

Platón escoge la segunda alternativa, limitándole a cada cual una sola actividad para que el oficio evolucione, especializándose y diversificándose en otras actividades, haciendo más cosas y mejor hechas. En la sistematización planteada por Platón en *La República* se necesitan cuatro personas para hacer una unidad productiva de acuerdo con las aptitudes de cada uno porque uno de ellos tiene que hacer el trabajo del otro, pensado como una entidad única, como un conjunto finito, divisible en partes matemáticamente proporcionales.

La diversificación lleva a la aparición de otras actividades –artesanos, técnicos, labradores, carpinteros, arquitectos, pastores, herreros–, acrecentando el Estado; Estado que debe proveer los bienes para subsistir en un lugar de la tierra, territorio posible, según las pautas de la organización productiva, donde los comerciantes retoman un orden perdido y la navegación requiere expertos en el arte de navegar, en la construcción de barcos, en el arte de hacer compras y ventas, en hacer monedas para el valor de cambio. Un modelo de ciudadanos y de ciudad comienza a ser parte del conocimiento del urbanismo. La idea de un ambiente estable como soporte de evolución se consolida en el discurso platónico.

Vitrubio: institucionalización y construcción

Involucrado como ciudadano de un imperio, construido sobre la base de implantar ciudades en los territorios conquistados, Vitrubio dedica a Augusto el *De Architectura*, como un tratado sobre la construcción de ciudades, en el cual retoma un cuerpo disciplinar ya dado por las experiencias urbanas anteriores, asume la tradición y ordena los componentes de una práctica constructiva, no está detrás de la invención de edificios o ciudades, el ritual religioso y las costumbres son el fundamento ideológico de la práctica urbanística.

Es la tentativa más cuidadosa de la antigüedad aquella de juntar y ordenar un saber concerniente a la historia de la realización de ciudades, tipologías de edificios antiguos, condiciones de clima, relaciones de los seres vivos con el medio ambiente, formación del urbanista y, sobre todo, la posibilidad de revelar los principios reguladores de la práctica constructiva, *solidez, utilidad y belleza*, como reglas relativas al establecimiento de territorios y ciudades, enfocados como entidades objetivas independientes del espacio existencial.

El cosmos medieval: la gestión de la palabra y la obra

La organización del espacio urbano medieval no tiene ni un discurso ni una práctica específicos pero está regulada de manera concreta por discursos sectoriales, jurídicos, políticos,

religiosos y económicos. La producción de la ciudad está directamente gestionada por las comunidades bajo la tutela de Dios, en un proceso en que el acto de construir y la palabra tienen la misma competencia.

Los edictos comunales convocaban a inventar nuevas soluciones a los problemas de la ciudad según las necesidades de los habitantes: desde aspectos higiénicos y defensivos, hasta equipamientos que favorecieran las actividades productivas, los servicios administrativos, las ferias, las bolsas, los jardines, los hospitales, la ampliación de vías, los barrios, entre otras.

Para los ediles, construir la ciudad era parte integrante de su gestión, en la cual se ponían en juego las determinantes religiosas, económicas y jurídicas que contribuyen explícitamente a la organización del espacio urbano. El rasgo fundamental de esta gestión está en una visión prospectiva a largo plazo; sin embargo, no podemos pensar en los edictos como una reflexión teórica de carácter universal pues son intervenciones específicas al espacio y al tiempo en que fueron concebidas.

El paradigma renacentista

Mutación en el intelecto humano, transformación del marco de la misma inteligencia. Evolución de las ideas científicas técnicas y artísticas. La invención y el progreso, nuevos valores. El paso de la contemplación a la acción. Dominio de la naturaleza. Geometrización del espacio y disolución del cosmos. Sustitución del espacio concreto por el espacio abstracto de la geometría euclidiana. El espacio infinito. El hombre en el centro del universo (varios autores).

Leon Battista Alberti: el discurso inaugural del urbanismo

En el contexto de las transformaciones y las mutaciones renacentistas, Alberti es el primero que se propone definir, como lo plantea F. Choay en *La regla y el modelo*, un campo propio y autónomo que permita crear los ambientes estables de este nuevo ser humano universal: el burgués capitalista, el virtuoso que se hace a sí mismo, racionalista, empresario, calculador y metódico. Intenta, a partir de una tabla rasa, descubrir y formular de manera progresiva las reglas de organización del territorio y el espacio según las necesidades de este nuevo ser humano urbano, tomando principios y postulados universales, que le cambiarán el sentido al proceso de urbanización, eliminando su especificidad territorial y temporal.

Alberti parte de una serie de proposiciones, producto del conocimiento de la época, que le permiten poner en un mismo plano el esquema vitrubiano y los clásicos griegos y romanos y replantearse un nuevo método de concepción, gestión y construcción de las ciudades, en el cual el tiempo y el espacio son referentes el uno del otro en el momento de satisfacer las necesidades

básicas del ser humano o las demandas nacidas de sus invenciones y sus fantasías, o su placer por lo bello.

En la elaboración del tratado albertiano son básicos dos postulados: “todo edificio es un cuerpo” y “la ciudad es una casa y la casa es una ciudad”. En el primero se asume la existencia de una alma, de un espíritu, un intangible que reflexiona, anima y mueve un cuerpo material, tangible, a la manera aristotélica, relacionando así las fuerzas individuales y colectivas con un espacio y un territorio. Espacio y sociedad se vuelven indivisibles. En el segundo postulado se plantean las analogías funcionales, formales y significativas que transforman las dos entidades en una sola para efectos operativos.

Alma y cuerpo son una vida, y la preservación de la vida es lo absolutamente necesario en el discurso de Alberti; por tanto, es perentorio construir un entorno estable, que proteja al ser humano de la naturaleza y de otros organismos cultos para dar forma a un territorio acorde con su cultura.

La necesidad de ampliar las actividades del organismo humano genera nuevas funciones en la cultura de los pueblos. De esta manera, Alberti aborda el problema de lo *cómodo* siendo este el segundo nivel de conocimiento. Las actividades humanas están siempre deseando y creando nuevos objetivos con los ambientes estables para desarrollarlas; Alberti hace aquí una taxonomía de la sociedad para identificar los actores, sus pareceres, sus deseos, sus valores y sus jerarquías sociales en la búsqueda de un ser humano universal.

El mundo espiritual aparece cuando Alberti siente el problema de la comunicación como elemento fundamental en la construcción del entorno estable; los valores de lo bello son asociados a la armonía y al equilibrio de las formas y de los cuerpos. La regla de oro se convierte en una institución emisora de placer en la cual los ornamentos son su máxima expresión.

Alberti propone como final para su obra la necesidad absoluta de mantener y reparar el edificio urbano de la manera como lo toman los conceptos de sostenibilidad actuales. El tratado albertiano va a soportar la invención de la ciudad moderna mediante un urbanismo de autor que firma su obra, habla en primera persona y está íntimamente ligado al poder. También está motivado por la necesidad de crear un nuevo ambiente para un nuevo ser humano, en oposición al urbanismo de construcción colectiva de las logias y los gremios que están ligados a los requerimientos de los consejos comunales, motivados por la preservación de la tradición; esta es una forma de producir ciudad que persevera en el urbanismo popular de redes sociales, de empleo, de amigos, de familiares, de autoría colectiva.

Estas dos maneras de producir ciudad se encuentran en colisión en las ciudades colombianas y latinoamericanas mientras que en las ciudades europeas se yuxtaponen creando capas

históricas. Ambas situaciones ponen en cuestionamiento la existencia de un aparato único, conceptual, que regule la concepción, la gestión y la construcción de un territorio y un espacio.

La deconstrucción del aparato conceptual

Sin embargo, la existencia y la coherencia de este aparato conceptual como cuerpo disciplinar del urbanismo aparecen muy cuestionadas por autores pertenecientes a las ciencias sociales, la economía, la política, la arquitectura y las ingenierías, en particular por la incapacidad del aparato conceptual para integrar de manera sistemática los diversos espacios que estas disciplinas han formulado en el ejercicio de comprender tanto lo urbano como los espacios económico, social, estadístico y político. Todos buscan su lugar en la ciudad como instituciones complementarias de lo urbano.

Estas diferencias en el campo disciplinar se acentúan aún más en el campo profesional cuando es necesario concebir, gestionar y construir un espacio nuevo para responder a las dinámicas cambiantes de la ciudad.

La multidisciplinariedad en el conocimiento urbanístico

La desarticulación del modelo de conocimiento del urbanismo moderno fue denunciada en los escritos de la posmodernidad por su imposibilidad tanto en el momento de concebir y construir un espacio universal como en el momento de integrar los diversos espacios singulares de cada cultura urbana.

En el proceso de metropolización de Bogotá, el cambio de un espacio monocéntrico característico de la ciudad modernizante por una estructura policéntrica de la metrópoli industrial, transformó las escalas cotidianas, las identidades barrial, territorial y cultural de las comunidades urbanas, y dio paso a un proceso de “desterritorialización” y “reterritorialización” en nuevos lugares en torno del trabajo, el ocio, la movilidad. La ciudad fragmentada es la palabra clave de la teoría urbanística y de otras disciplinas para explicar este fenómeno.

Cuando el urbanismo descubre el fenómeno policéntrico, la metrópoli ya está construida por el automóvil¹², y los grupos dirigentes ya están pensando en ideas como la *ciudad-región* y la *región urbana*, con base en el discurso de las nuevas tecnologías; las comunidades han cambiado sus valores sobre localización territorial de acuerdo con el grado de desarrollo en que se encuentran. La red es la palabra clave para el manejo de los fragmentos.

El discurso del urbanismo policéntrico no logra totalizar en su aparato conceptual la cantidad de información que aparece en los estudios sobre la metrópoli. Las ciencias sociales, físicas y

¹² Bruno Secci, “La tarea de los urbanistas”, artículo en la revista.

naturales, la democracia participativa, la diversidad cultural, el deseo de lo individual en la expresión cotidiana, los análisis económicos sobre las potencialidades productivas del territorio, el valor del suelo, su incidencia sobre los capitales, las encuestas de la sociología sobre la ciudad, la caracterización de las culturas urbanas, todos buscan un espacio propio en la planificación del territorio urbano.

Estas nuevas miradas sobre lo urbano cuestionan los conceptos utilizados en la planificación y la construcción de la ciudad moderna. El centro y la periferia, lo rural y lo urbano tienen otro significado; aparecen nuevas categorías, como los espacios intersticiales y su sentido de libertad incondicional. Todos son aspectos que afectan la elaboración de las bases teóricas del urbanismo tanto en su concepción como en la gestión y construcción del espacio urbano.

Aún no se tienen los recursos teóricos y técnicos para una participación colectiva en la totalidad del proceso urbanizador como sí existía con el cosmos mítico-religioso de la antigüedad o con el tratado albertiano de la modernidad renacentista.

III. El problema del cambio de paradigmas

La primera proposición fue poner en evidencia la existencia de una crisis del urbanismo que impide entender la lógica del oficio mismo. El urbanismo nacido de la revolución industrial del siglo XIX, desarrollado por la modernidad del siglo XX, se encuentra en este momento en estado indefenso frente a las nuevas necesidades creadas por los procesos de globalización de la cultura y la economía.

Estamos en una sociedad en la cual la industria de las tecnologías de la información está creando nuevos patrones de comportamientos culturales y en que la virtualidad del espacio-flujo posmoderno es el ordenador del mundo. ¿Debemos acaso resignificar los contenidos y las formas del urbanismo de la sociedad industrial, o los requerimientos culturales y económicos de esta nueva sociedad son tan radicalmente diferentes que se vuelve necesario inventar otra disciplina?

Si el objeto de estudio del urbanismo es la ciudad, entonces se hace necesario mirar los procesos de evolución que se dan al interior y al exterior de ella. Los trabajos de E. Soja, D. Harvey y F. Asher muestran que la metrópoli industrial está pasando a otro estadio. Tanto su forma como sus funciones y el sentido mismo de su naturaleza están cambiando. Este último pasa en algunos lugares por la *ciudad-región* y en otros va en tránsito hacia la *región urbana* como el universo territorial de mayor productividad y mayor representación en el colectivo humano actual, lo cual genera así una nueva forma de vida o metápolis y crea una nueva experiencia de espacio y tiempo.

Crisis del urbanismo: cambios en el paradigma

Las posibilidades de esta crisis ya estaban proyectadas por varios autores en los años setenta, momento en que se pierde la confianza en los modelos de la modernidad y se siente la deconstrucción del discurso moderno por parte de un grupo de actores.

En particular, F. Choay recoge las críticas, enfatizando en el reduccionismo conceptual del urbanismo moderno su negación a otras miradas sobre la ciudad y lo urbano, su pobreza semántica, su estatus epistemológico y su sistema operatorio.

La imprecisión de las necesidades humanas trabajadas por el urbanismo moderno se pone en evidencia con los aportes de las ciencias naturales y humanas. Éstas se incorporan al conocimiento de lo urbano precisando la importancia de dar nuevos contenidos a esas necesidades humanas en el momento de concebir y construir el espacio urbano. A la higiene física, tan cara al siglo XIX, se le adhiere una higiene mental, en la cual la evasión toma un papel predominante. Desde las ciencias naturales aparece la idea de un espacio vital como un ecosistema sostenible; desde la antropología cultural se reivindica al individuo como partícipe en la elaboración de su espacio; en lo político, el derecho a la planificación colectiva en el campo del urbanismo comienza a ampliarse, al igual que la problemática a la cual debe responder la tarea que la sociedad le asignó.

El nuevo orden, ¿nuevo paradigma?

Los estudios más recientes de M. Castell perciben una serie de cambios en la estructura productiva y social de la sociedad industrial fordista tradicional. Éstos están instrumentados por las nuevas tecnologías de la comunicación mediante una estructura en red, una gran velocidad de comunicación, en un tiempo real de 24 horas, y crean un nuevo concepto de espacio, diferente del de la cultura urbana industrial, en el cual el tiempo laboral anula el día y la noche, cambiando los hábitos y las costumbres.

Los grupos dominantes, mediante la apropiación y el manejo de los medios de comunicación a escala global, están en la búsqueda de una institucionalización del discurso global que los legalice, entendiendo que sólo un reconocimiento comunitario les permitirá permanecer en el tiempo físico de una o más generaciones. Estos grupos cambian de sentido las palabras o se inventan unas nuevas para referirse a principios de organización de la sociedad y el territorio.

Al mismo tiempo están midiéndose las fuerzas de oposición a estos procesos de globalización –la reivindicación de lo local–, apareciendo así la necesidad de una *esfera pública internacional*¹³ con organizaciones internacionales de diversa índole.

¹³ Martín-Barbero, documento para el V Encuentro Hábitat, Cali.

Este proceso lleva a Paul Virilio a preguntarse sobre las consecuencias urbanas de este nuevo orden posindustrial: una desurbanización creciente, la desaparición de las antiguas aglomeraciones debido a la intensa aceleración de las telecomunicaciones, una excentricidad generalizada y una periferia sin final apoyada por la telelocalización.

El concepto de espacio de intercambio, pieza clave del urbanismo fordista, expresado por las distancias entre lo cercano y lo lejano, desaparece debido a la comunicación instantánea, todo llega sin tener que salir; la idea de centralidad cambia de sentido en virtud de lo nodal; la propiedad, los cerramientos, las divisiones, estarán simbolizadas por una interrupción de la emisión.

El espacio ya no es el infinito cartesiano, sino el espacio global de intercambios, la simultaneidad en la dimensión del tiempo y el espacio tiende a cambiar los patrones de comportamiento del espacio experimentado por la cultura urbana. En la dialéctica del cambio entre la tradición y las nuevas reglas se modifican las instituciones y se generan nuevas prioridades y jerarquías.

La informática, siendo el vehículo de cambio, se convierte en otra necesidad humana a la cual el urbanismo deberá encontrar su lugar en el espacio urbano y en su *corpus* disciplinar.

El mundo, el mercado y los flujos, las regiones urbanas

Las posibilidades de contacto se han multiplicado hasta convertirse en una nueva institución: la industria de la información al servicio del mercado mundial. Éste es el gran elemento regulador y ordenador de los principios de organización social y espacial en los antiguos territorios de manufacturas industriales.

El mercado es un lugar cerrado que ocupa toda la esfera terrestre; esta visión del grupo dominante global por parte de una economía y una cultura mundial se vuelve explícita cuando vemos como van interpenetrándose los capitales nacionales y sus relaciones económicas fundamentales. Esta interpenetración va en la búsqueda de un capitalismo de alcance mundial que a su vez lleve a un cambio en la microgeografía del capital, debilitando fronteras y desapareciendo nacionalidades.

Esta nueva lógica de acumulación económica disgrega los procesos productivos en redes empresariales transnacionales, ordena el territorio en núcleos, y crea una interrelación entre estos últimos con las regiones económicas que los contienen. Esta geografía interrelacionada requiere para su conexión canales de circulación de flujos entre sus nodos para configurar un espacio red. La región es la palabra clave en las teorías de planificación.

La red urbana y su urbanización

La idea de un modelo de territorio fragmentado y disperso como el proyecto de una ciudad-región o una región de ciudades que remplace el anterior espacio contiguo y concentrado de la metrópoli fordista, implica al urbanismo pensar en un sistema de organización en red que dé un sentido a este nuevo espacio en sus dimensiones cultural y productiva.

Urbanizar la red se convierte en un objetivo primordial del urbanismo. Es necesario diseñar los mecanismos de intercambio de información en un trabajo interdisciplinario. Utilizando los aportes del arte, la ciencias y las técnicas referenciadas a los nuevos procesos de urbanización, los temas comunes por tratar deben involucrar las necesidades vitales de las sociedades urbanas con los elementos de sostenibilidad ambiental tanto artificial como natural y la construcción de imaginarios urbanos.

La propuesta es construir un metalenguaje que trascienda las disciplinas, que ocupe un lugar en la red y que alimente permanentemente el aparato conceptual del saber urbanístico, para concebir, gestionar y construir espacios urbanos, en una relación equitativa entre lo local y lo global.

Bibliografía

- AGREST, Diana. "Design versus non design", en revista *Communications*, No. 27, Edition du Seuil, 1977.
- ASCHER, François. *Métapolis ou l'avenir des villes*. París: Editorial Odile Jacob, 1995.
- BERGER Y LUCKMANN. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrourto Editores, S. C. A., 1968.
- CHOAY, Françoise. *La règle et le modèle*. París: Edition du Seuil, 1980.
- . "L'histoire et la metode en urbanisme", en revista *Annales Economies Societe Civilization*, 1970.
- GIDEON, Sigfried. *La naissance de l'architecture*. Bruxelles: Edition de la Connaissance, S. A., 1966.
- HALL, Edward. *La dimensión oculta*. Siglo Veintiuno Editores, 1972.
- HARVEY, David. *The condition of post-modernity*. Basil Blackwell, Ltd., 1989.
- HAUSSER, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid: Ediciones Guadarrama, S. A., 1964.
- JOLY, Robert. *La ville et la civilisation urbaine*. París: Messidor, Edition Sociales, 1985.
- KOYRÉ, Alexander. *Estudios galileanos*. Siglo Veintiuno Editores, 1966.
- LEFÈBVRE, Henri. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península, 1971.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. *Antropología estructural*. Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- MUMFORD, Lewis. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1959.
- . *Arte y técnica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1968.
- PIAGET, Jean. *La epistemología del espacio*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1971.

MERLIN, Pierre et Françoise Choay. *Dictionnaire de l'urbanisme*. Presse Universitaire de France, 1988.

SOJA, Edward. *Post-modern geographies*. Editado por Verso, London & New York, 1989.

VAN DE VEN, Cornelis. *El espacio en arquitectura*. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A., 1977.